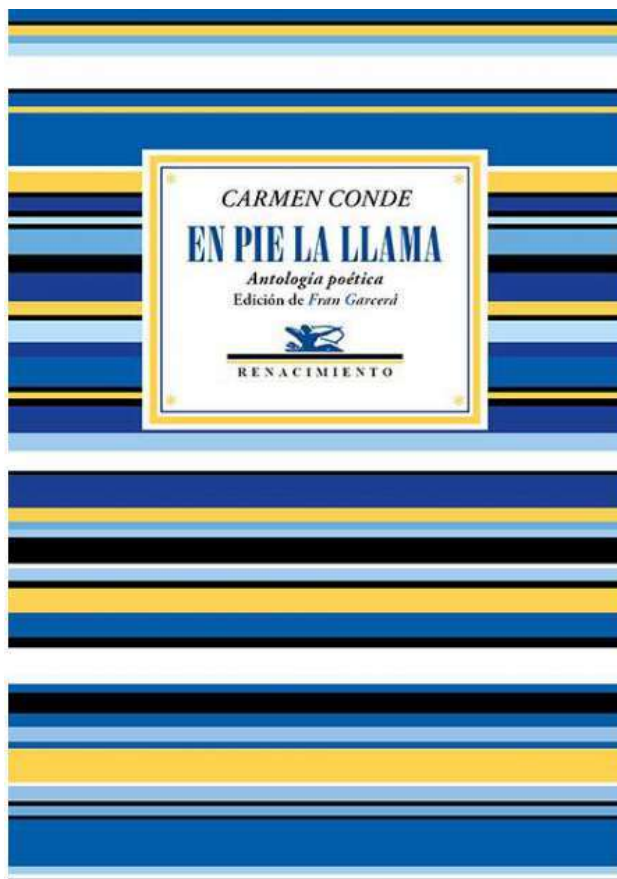


***EN PIE LA LLAMA*, la olvidada y sin embargo inolvidable poesía de Carmen Conde**

Albert Torés

Quizá haya que desviar la mirada inicialmente de los logros de Carmen Conde. A todas luces, la poesía ha conocido momentos de gran fulgor y esplendor, siendo referencia primordial desde que tenemos noticias del hecho poético y, Carmen Conde ocupa un lugar de honor en nuestra tradición literaria, corroborando la gran paradoja que nos define: Una escritura inolvidable pero que está relegada - provisionalmente- al olvido.

Para este humilde acercamiento a la inconmensurable obra de Carmen Conde, -(no olvidemos que su escritura aborda el ensayo, la dramaturgia, la prosa, la docencia, la literatura infantil con la que logra el Premio Nacional de Literatura, en suma, un sobresaliente ejemplo de humanismo solidario que además formó parte de la generación poética del 27, probablemente la generación poética más influyente y determinante de nuestra historia literaria)-, he seguido esencialmente su antología poética *En pie la llama*, edición de Fran Garcerá, publicada en la editorial Renacimiento en este mismo año. De igual modo, su discurso de ingreso en la RAE de 28 de Enero de 1979 “Poesía ante el tiempo y la inmortalidad” me sirve de guía pero sobre todo ratifica la dimensión



artística de esta escritora a la que Sur Revista de Literatura dedica este monográfico en su decimoséptimo número.

Guillermo Díaz Plaja resaltaba la condición mediterránea de Carmen Conde “por su fidelidad a ese mar que contiene la esencia clásica y la valoración del mundo sensible, entendido como un mensaje de equilibrio y de armonía, exactamente a la medida del hombre”. Ese cruce de desdoblamiento en tierra y mar, es decir, unas profundas inquietudes sociales que se reflejan tanto en su escritura como en su vida se vincularán con una trascendente idea de espiritualidad.

La poesía de Carmen Conde es de primera magnitud. A mi modo de ver, es una poesía crepitante de ilusiones y alusiones, reencontrando en lenguajes pasados la savia esencial e inédita para mostrar una lengua poética reconocible donde el mito fundamental y potente del verbo confiere

el almacén de las entrañas del texto de Carmen Conde. Me quedo, solo a modo de ilustración con un verso del poema “El odio es una ciudad...” del libro tan excepcional titulado *En un mundo de fugitivos* de 1960: *¿Quién tiene amor?...¡Que lo grite!*

Desde luego, hay resonancias de San Juan de la Cruz y Santa Teresa que se coronan no tanto en una poética barroca como en una conciencia bíblica o más concretamente ascético-mística, presente ya en su primer libro *Brocal* de 1929. El poema “Yo no te pregunto” muestra claramente ese tono mencionado: *Yo no pregunto adónde me llevas./Ni por qué./Ni para qué./¿Tú quieres caminar?, pues yo te sigo”*.

Su voluntad de escritora es absoluta, así se nos muestra en la obra Ernestina de CHAMPOURCÍN, Carmen CONDE, *Epistolario (1927-1996): Ernestina de Champourcín y Carmen Conde, Rosa Fernández Urtasun (ed.)*, Madrid, Castalia, 2007, p. 59: “Mis propósitos literarios son estos: escribir, escribir mejor, escribir muchísimo mejor”, un deseo escrito en 1927 teniendo en cuenta las dificultades reales cuando no obstáculos insalvables de iniciar una carrera literaria en la España de las décadas 20 y 30. “Las sinsombrero Ernestina de Champourcín, María Teresa León, Concha Méndez, María Zambrano, Rosa Chacel, Josefina de la Torre, Marga Gil Roesset y Maruja Mallo y una larga lista de artistas y escritoras visualizaron la necesidad del cambio. Por su parte, Carmen Conde superaba con creces sus deseos iniciales. Más aún esa constancia de trabajo se percibe en toda su obra. La crítica ha reconocido su capacidad de crear un mundo infinito y lleno de símbolos e imágenes desde la palabra con una sintaxis que marca musicalmente a través de una poesía libre sin rimas el ritmo de su pensamiento. Aborde el paso del tiempo, la condición de la mujer, sin duda la injusticia del mundo, registre un discurso testamentario, surrealista o existencialista, aporte vida y sensualidad al paisaje o ajuste el poema en prosa para hallar identidad, hay un deseo de llevar a cabo el gran aporte de Juan Ramón Jiménez tan decisivo en la obra de Carmen Conde: “Poesía pura no es sino poesía «libre», poesía dominadora, envolvente, asimiladora, escondedora de su forma. La pureza en poesía nada tiene que ver con la ciencia, con la cárcel, con el arte ni [...] con la castidad”.

Por otro lado, en las encrucijadas de la aventura poética su escritura penetra los espacios del sueño, las letanías, los interrogantes, la firme esperanza, los cantos funerales por su época con tanta clarividencia como musicalidad. Bien es cierto, que la obra y vida de Carmen Conde son incontestables, sin olvidar su tenacidad, y, pese a todo, traduce un contexto histórico ya con antigüedad que nos hace cuestionar la propia labor crítica más amiga de silenciamientos, elitismos, pereza intelectual y sumisión mercantilista.

Su escritura se registra en el tiempo, desde la brevedad en *Brocal*, pongo por ejemplo el poema “Qué transparencia”: “*¡Qué transparencia tiene la lluvia en el huerto! Recta, afilada, continua...; El cielo está más bajo. Se respira el gran aliento del mar. ¡Recta, afilada, continua..., qué transparencia tiene la lluvia en el huerto!*” hasta el largo aliento que se encierra en poemarios como *Humanas escrituras*, o bien *Enajenado mirar*, para los que señalo los poemas “Canto a Amanda” y “Tiempo del desconcierto y desacomodo” respectivamente. Muy posiblemente como bien escribía Carmen Conde, “la poesía es algo que le sobra al corazón y que se escapa por las manos”. En cierta

medida, pivota alrededor del tiempo, un tiempo mítico que no se fija en la sucesión de instantes sino en el aplastante espacio del decir. No en balde, su discurso de ingreso en la RAE se titula “Poesía ante el tiempo y la inmortalidad”, un testimonio claro y directo que parte de una premisa tan esencial como considerar de la memoria el don preclaro de evocar los sueños, que al suscitar sus propios sueños Carmen Conde resalta su entrega a la Poesía. Lo expresa con absoluta belleza “*tan lejos como vaya mi recuerdo, he buscado siempre lo que no cambia, he deseado lo eterno*”. No busca la inmortalidad sino la eternidad o el sueño de lo inextricable. Es la palabra razonable y racional que se tensa hasta la búsqueda, acaso hallazgo de palabras para prometer lealtad a la poesía “no como condición adicional, sino porque era supremo logro del ser y del estar en la Tierra”, desembocando todo ello en una palabra poética más potente, reponiendo de este modo el diálogo poético en su justo lugar. A falta de instancias oficiales más generosas con todo lo que representa Carmen Conde, la iniciativa de “Sur Revista de Literatura” de dedicarle un monográfico parece necesaria para redirigir la mirada estudiosa hacia su obra, tan volcada en sobrevivir y por tanto en perder su dignidad.

Lejos de mi propósito el especular o explicitar la poesía de Carmen Conde, acaso el legítimo derecho del lector a resaltar la admiración de una extraordinaria poetisa, no ya por la serie de reconocimientos que reforzarían su talentosa escritura, sino por la certeza de un abanico de infinitud de matices que acrecientan la sensibilidad poética: el sentido del ritmo, la imagen, la musicalidad del verso y de su palabra, la riqueza de impresiones y emociones ante los temas poéticos, la nostalgia, el dominio lingüístico, el verbo crucial y vertebrador, la ternura y a la vez la firmeza del fondo y ese incansable transcurrir de sueños, sufrimientos, feroces o serenos acontecimientos, porque Carmen Conde fue muy consciente de la poesía como necesidad y hecho social.

En nuestro código, los creadores que se dan a esta práctica se llaman poetas. Una poetisa visionaria que fija sus evocaciones mediante la palabra meditada y escrita, una palabra esperanzadora que va desde la desesperación, incluso obsesión hasta el necesario trayecto de reconocer la pérdida o la derrota como tabla de salvación, probablemente porque tratar de traducir lo incomunicable es siempre un acto de sufrimiento y amor, el sustrato más evidente de la poesía de C. Conde. No se me ocurre mejor modo que transcribir el poema “En la tierra de nadie” del poemario de 1960 y tan vigente *En la tierra de nadie*:

En la tierra de nadie, sobre el polvo
que pisan los que van y los que vienen,
he plantado mi tienda sin amparo
y contemplo si van como si vuelven.

Unos dicen que soy de los que van,
aunque estoy descansando del camino.
Otros “saben” que vuelvo, aunque me calle;
y mi ruta más cierta yo no digo.

Intenté demostrar que a donde voy
es a mí, sólo a mí, para tenerme.
Y sonríen al oír, porque ellos todos
son la gente que va, pero que vuelve.

Escuchadme una vez: ya no me importan
los caminos de aquí, que tanto *valen*.
Porque anduve una vez, ya me he parado
para ahincarme en la tierra que es de nadie.